

Cien años después de Dostoievski

ENTRE EL GRAN INQUISIDOR Y LOS POSESOS

JUAN ARANZADI

«La imaginación y la fuerza interior de los criminales de Shakespeare se limitaban a una docena de cadáveres. Es porque no tenían ideología. ¡La ideología!, ella es la que aporta la justificación que el crimen busca, la larga firma necesaria al criminal... Es la IDEOLOGÍA lo que le ha costado al siglo XX el experimentar el crimen a escala de millones. Un crimen imposible de ser refutado, pasado por alto, silenciado.» Alexander Soljénitich.

EN un comunicado tan delirante como razonable (delirios de la Razón, de una cierta razón) y por ello enormemente significativo, los verdugos del ingeniero Ryan «declinan toda responsabilidad» en la muerte de su víctima. En este siglo de siglas, entidades colectivas y entelequias abstractas (ETA, Iberduero, el Estado, la Sociedad, el Pueblo), que usa y abusa de las Mayúsculas y ha acostumbrado a los responsables de su miseria a hablar de sí mismos en tercera persona o en mayestático plural, los criminales no tienen rostro, los crímenes carecen de autor. *Nadie mata* (quizá por la misma razón que *nadie vive*).

¡Trágica (in) actualidad de Dostoievski! Son idénticos los motivos que indujeron a Althusser y Poulantzas a (no) pensar los millones de víctimas del estalinismo con el «concepto» de *desviación teórica* del movimiento obrero y los que han llevado a personas cruelmente compasivas a esconder el suicidio del uno y el crimen del otro bajo el membrete de locura o de efecto de la lucha de clases; en nombre de la Ciencia y/o de la Historia se desposee al individuo de sus actos. Hoy en día, todos somos «nazis inocentes»: «yo sólo obedecía órdenes» (de la Naturaleza, del Inconsciente, del Estado, del Pueblo).

Menos los chinos, empeñados al parecer en llamar a las cosas por su nombre (aunque sólo hasta cierto punto, ¡faltaría más!): son crímenes

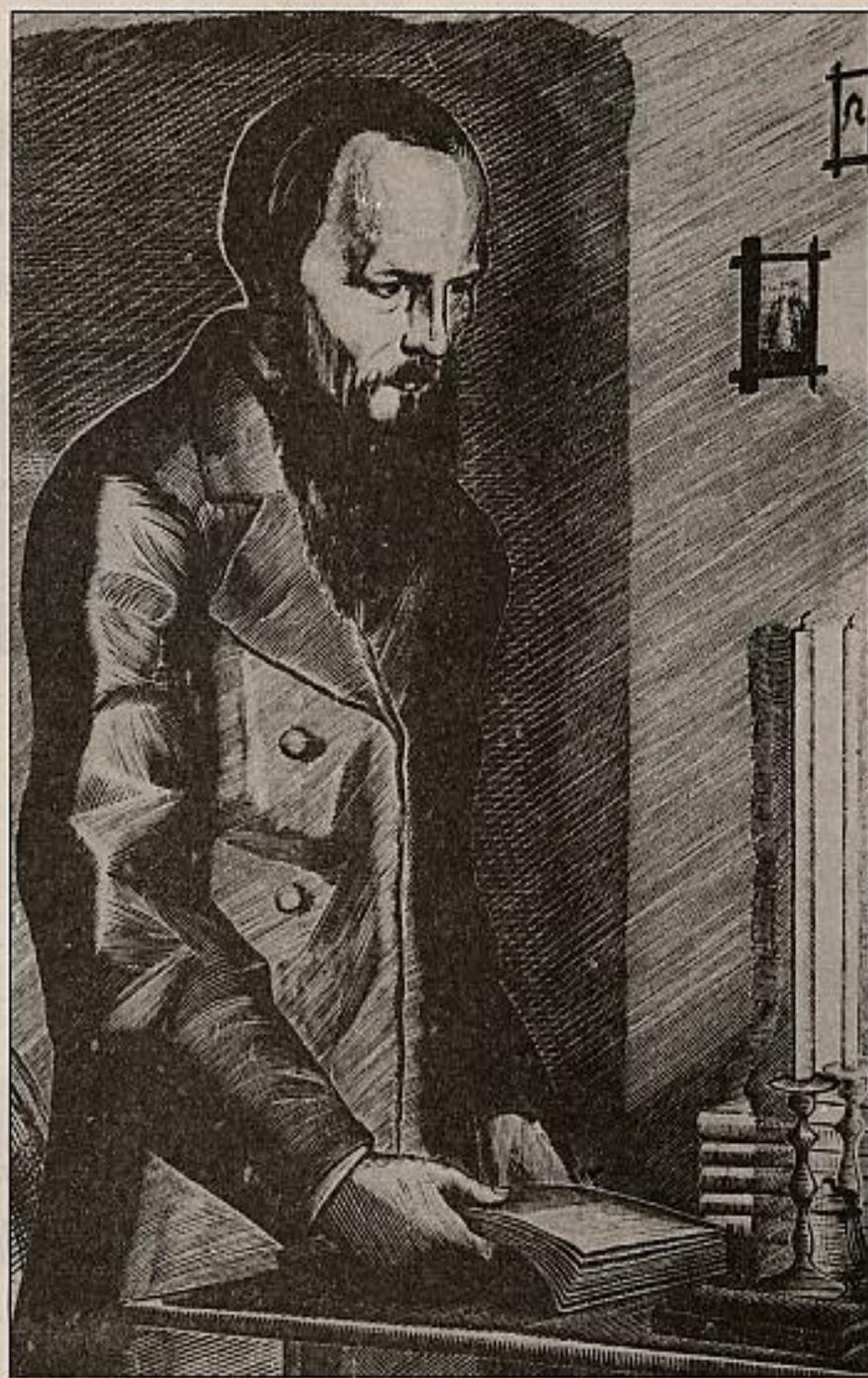




Ilustración de «Pobres gentes».

las muertes provocadas por los gobernantes... depuestos. La tajante frontera del Poder separa el crimen de la muerte necesaria, y la sombra actual del Poder futuro metamorfosea aquel en ésta: pero es siempre la Historia, la Sociedad, la que mata; o en su defecto la Locura.

Matar libremente

Los suicidas y criminales de Dostoiévski se insurgen contra tamaño atentado a su libertad. Frente a los socialistas que piensan que «el crimen es una protesta contra un orden social mal organizado y nada más», contra la «moderna teoría de la alienación temporal, con la que se quiere actualmente tan a menudo explicar los actos de ciertos criminales», Raskolnikoff insiste una y otra vez que partió

a hachazos el cráneo de la vieja usurera y el de su hermana Isabel con plena conciencia de lo que hacía, en pleno uso de sus facultades. El epiléptico Smerdiakov está muy lejos de la locura cuando mata al viejo Karamázov, y se suicida con toda lucidez, como también Svidrigailoff o Stavroguin; y no digamos Kirilov, apóstol del suicidio lógico que se quita la vida porque la libertad (su idea) le obliga a ello.

También es una idea lo que inicialmente hay en el origen del asesinato de Raskolnikoff, una idea que permite diluir la frontera entre el asesino de una anciana y los prohombres que pagan con sangre ajena el progreso de la especie. Esa idea es que hay individuos que «tienen el derecho, no oficialmente, sino por sí mismos, de autorizar a su conciencia a franquear

cierta clase de obstáculos; pero sólo en el supuesto caso de que se lo exija la realización de su ideal, el cual puede ser, a veces, útil a todo el resto del género humano... Hasta la nueva Jerusalén». Cuando su hermana, presa de pavor, le reprocha su falta de arrepentimiento —¿No te das cuenta que has derramado sangre?—, Raskolnikoff responde: «¿Y qué? Todo el mundo la derrama. Siempre ha corrido a torrentes sobre la tierra y quienes la derramaron como si fuera champaña ascendieron de inmediato al Capitolio y fueron proclamados protectores de la humanidad... No veo por qué ha de ser más glorioso arrojar bombas sobre una ciudad sitiada que asesinar a alguien a hachazos.» Aun después de haber confesado «no se arrepentía en absoluto de su crimen» y sólo se repro-

DOSTOIEVSKI

chaba a sí mismo haberse quedado «a medio camino... se quebraron mis alas, y por eso me llaman miserable. Si hubiese alcanzado mi objetivo, me hubieran cubierto de laureles». En el mero hecho de no haber sido capaz de insertar su crimen en la cadena de medios que conduce al fin último, radica su diferencia con «los bienhechores de la humanidad», que «hubieran debido desde sus comienzos ser entregados al suplicio. Pero esas gentes llegaron hasta el fin y eso las justifica, mientras que yo no he sabido proseguir; por ende no tenía el derecho de empezar». ¿Qué es lo que indica esta inconsecuencia de Raskolnikoff, esta incapacidad de llegar hasta el final, de convertir un crimen en un acto de beneficencia? Pone de relieve que el acto de matar trasciende la idea que lo impulsa y justifica: una vez cometido se percibe con angustia la radical insuficiencia de toda racionalización y el vértigo de la conciencia es incapaz de colmar su exceso. Esa *quiebra del alma* en la que anida la conciencia de culpa es opaca a toda psicología: en el ignoto terreno que abre, se juega la misteriosa partida de la fe, el amor y la resurrección. Dostoievski sabe, como Fetiukóvich, el abogado defensor de Dmitri Karamázov, que con la psicología «se puede deducir cuanto se quiera»; por eso, tras escarbar en los más escondidos vericuetos del alma de sus personajes y perseguir las trampas, nudos y espejismos de la conciencia hasta el paroxismo, acaba por abandonarlos, inexplicados y enigmáticos, frente al impenetrable misterio de la libertad.

Por lo mismo que fracasa la psicología, fracasa asimismo la justicia: el «error judicial» que condena al inocente Mitia por la muerte de su pa-

dre, no es mayor que el que condena al culpable Raskolnikoff por un crimen que no entiende y que sólo descubre por la confesión de éste (pero también Iván confiesa un crimen que no — ha cometido). Lo fundamental, la eterna lucha del bien y del mal, de Dios y el Diablo, late bajo el conflicto psicológico, judicial, social. Y si la inexcrutable presencia de los designios divinos sólo aparece en la figura ejemplar de Cristo, más obvias resultan, para Dostoievski, las máscaras de Satán.

Los demonios

Es sabido que la naturaleza imita al arte: Dostoievski parece un personaje de sus novelas. Cuyo itinerario ideológico se presenta a veces con excesivo simplismo: una primera época de escritor realista, cronista de las «Pobres Gentes», socialista impregnado de las teorías de Cabet, Proudhon, Fourier y Strauss, miembro de los círculos de Petrachevski y Durov, arrastrado por Spéshnev (obseso de la formación de una sociedad secreta que organizara un levantamiento) a la constitución de una imprenta clandestina; el trauma de la detención, el proceso, la condena a la pena capital, el simulacro de ejecución, la salvación en el último momento tras ver la muerte cara a cara; el *descensus ad inferos* en el penal siberiano, autovaciamiento místico y completa revisión de sus concepciones, regeneración por el sufrimiento, vislumbre del paraíso en el descubrimiento del amor y la grandeza humanos, aun en medio del infierno y la sordidez de una comunidad de condenados y criminales, muerte y resurrección; una etapa final de feroz crítica anti-socialista, conver-

tido en profeta del pueblo ruso «teóforo», predicador eslavófilo y antiseñita de la tarea mesiánica de la Santa Rusia. Hay una gran dosis de verdad en esta abusiva simplificación que identifica a Dostoievski con el Shtov de «Los Demonios» y le hace hablar finalmente por boca del príncipe Myshkin y Aliosha Karamázov: de socialista utópico a precursor de Soljenitchin con el Gulag como experiencia crucial; motivo nada desdeñable de su vigencia. Son numerosas las páginas del «Diario de un escritor» que avalan esta caricatura y ejemplifican los aspectos más antipáticos de su indigerible optimismo patriótico-mesiánico.

Pero afortunadamente, y como ya Gide señaló, Dostoievski es pródigo en inconsecuencias y contradicciones, por encima de filósofo es novelista. Quizá la contraposición más sutil y fecunda no sea la que opone a Aliosha e Iván, el cristiano virtuoso y el ateo inmoralista, sino la que enfrenta finalmente a Iván y su discípulo Smerdiakov, la que distancia a Stavroguin de Verjovenski: encarnaciones respectivamente inconsecuentes y consecuente de una *idea satánica*.

«Los Demonios» parten de que Dios ha muerto: «el socialismo no es sólo la cuestión obrera o del denominado cuarto estado, sino que es, de preferencia, el problema de la encarnación moderna del ateísmo, el problema de la torre de Babel, que se edificaba precisamente sin Dios, no para alcanzar el cielo desde la tierra, sino para traerlo a ella». Se impone la conclusión teórica de Iván Karamázov: «Luego todo está permitido». Las objeciones del mezuquino y arribista seminarista Rakitin («La humanidad encontrará por sí misma energías bas-

DE "HISTORIA Y UTOPIA"

E. M. CIORAN

El sufrimiento, en sus comienzos, confía en la edad de oro de este bajo mundo y busca un apoyo, agarrándose a él de alguna manera; cuanto más se agrava el sufrimiento, más se separa, para no sujetarse más que a él mismo. De cómplice que era de los sistemas utópicos, se dirige ahora contra ellos, y distingue un peligro

mortal en la conservación de sus propias angustias, cuyo encanto acaba de descubrir. Con el personaje del *Southern*, el sufrimiento aboga por el caos, rebelándose contra la razón, el «dos y dos son cuatro», contra el «palacio de cristal», réplica del Falansterio.

Quien ha tocado el infierno, la desgracia planificada, volverá a encontrar la terrible simetría de la ciudad ideal, felicidad para todos, la cual repugna al más tolerante: Dostoievski se mostró hostil a ella hasta la intolerancia. Con el paso de los años se definiría cada vez más por la oposición a las ideas fourieristas de su juventud; no pudiendo perdonarse haberlas suscritas, se vengó en sus héroes, caricaturas... sobrehumanas de sus primeras ilusiones. Lo que Dostoievski detestaba en ellos eran sus antiguos extravíos, las con-

cesiones que él había hecho a la utopía, cuyo número de sujetos debía de perseguirle sin embargo: cuando, con el gran Inquisidor, divide la humanidad en un rebaño feliz y una minoría asolada, clarividente, que asume a los destinados, o cuando, con Pedro Verhovenski, quiere hacer de Stavroguine el jefe espiritual de la ciudad futura, un sumo pontífice revolucionario y ateo, ¿cómo no se inspira en el «sacerdocio» que los saintsimonistas colocaban por encima de los «productores» o del proyecto de Enfantin de erigir al propio Saint-Simon en papa de la nueva religión? Dostoievski acerca el catolicismo al «socialismo», incluso los identifica, según una óptica que participa del método y del delirio, mezcla eminentemente eslava. Con relación a Occidente, todo en Rusia se eleva un grado: el escepticismo se

«Los hermanos Karamazov»,
ilustrado por Kardovski.



tantes para vivir para la virtud, aun cuando no crea en la inmortalidad del alma. En el amor a la libertad, la igualdad y la fraternidad encontrará...) se reducen a una blanda e hipócrita esperanza teóricamente inconsistente, como Raskolnikoff, Iván Karamázov y Stavroguin no se cansarán de demostrar. Pero en el laberinto moral descubierto por la muerte de Dios los caminos divergen aunque todos lleven a ninguna parte. Para Kirilov no hay más consecuencia posible que el suicidio, un suicidio paradójicamente libre y necesario a la vez, un suicidio profético y en cierto modo sacrificial: «Comprender que no hay Dios y no percatarse de que uno mismo se ha convertido en Dios representa un absurdo, pues de lo contrario se mataría uno sin remisión. Si lo comprendes, tú eres el soberano, y ya no te matas a ti mismo, sino que vivirás en la mayor de las glorias. Pero uno, el que lleva la prioridad, ha de suicidarse forzosamente, pues, de no ser así, ¿quién marcaría la pauta y quién lo demostraría? Yo me mataré sin falta, para dar el ejemplo y demostrarlo. Sólo soy todavía un Dios a la fuerza, y soy un desdichado porque me veo en la obligación de manifestar mi libre albedrío... Y haré de salvador».

Un similar imperativo sacrificial otorga toda su grandeza trágica al terrorismo ruso de los Kaliayev, Savinkov, Voynarovsky, etcétera; «para ellos —dice Camús— el asesinato se identifica con el suicidio... Una vida se paga entonces con otra vida. No ponen, en consecuencia, idea alguna

mil años atrás. Olas azules y acariciadoras, islas y rocas, riberas florecientes; a lo lejos, un panorama encantador, la llamada del sol poniente... Aquí estaba la cuna de la humanidad... Los hombres se despertaban y se dormían felices e inocentes; en los bosques resonaban sus alegres canciones, expansionándose en el amor, en la ingenua alegría, el exceso de sus esfuerzos abundantes. Y yo lo sentía todo distinguiendo el porvenir inmenso que les esperaba y del cual no dudaban ni siquiera, y mi corazón se estremecía ante estos pensamientos.» (Los endemoniados.)

Versilov, a su vez, tendrá el mismo sueño que Stavroguine, con la diferencia no obstante de que el sol poniente se le aparecerá de repente, no ya como el del comienzo, sino como el del final de la «humanidad europea». En El adoles-

transforma allí en nihilismo, la hipótesis en dogma, la idea en icono. Chigalev no profiere ya más sandeces que las que suelta Cabel; sin embargo, pone en ellas un ensañamiento que no se encuentra en su modelo francés. «Vosotros no tenéis ya obsesiones, sólo nosotros las tenemos aún», parecen decir los rusos a los occidentales a través de Dostoievski, el obseso por excelencia, adherido, como todos sus personajes, a un solo sueño: el de la edad de oro, sin el cual, nos asegura, «los pueblos no quieren vivir y no pueden incluso morir». No espera la realización en la historia; teme, por el contrario, el advenimiento, sin desembocar sin embargo en la «reacción»,

puesto que ataca el «progreso», no en nombre del orden, sino del capricho, del derecho al capricho. Después de haber rechazado el paraíso por venir, ¿va a salvar al otro, el antiguo, el inmemorial? Dostoievski hará de él el motivo de un sueño que prestará sucesivamente a Stavroguine, a Versilov y al «hombre ridículo».

«En el museo de Dresde hay un cuadro de Claude Lorrain que figura en el catálogo con el título de Acis y Galatea... Este cuadro es el que yo vi en sueños, no como un cuadro sin embargo, sino como una realidad. Había, lo mismo que en el cuadro, un rincón del archipiélago griego, y yo, al parecer, había vuelto más de tres

DOSTOIEVSKI

por encima de la vida humana, aunque matan por la idea». Estos terroristas están en las antípodas éticas de un Netchaiev, jesuita de la revolución que justifica todos los medios conducentes al sagrado fin, incluido el asesinato del estudiante Ivanov, desertor de «la causa» y por ello hipotético delator. El trasunto literario de este episodio que estremeció a Bakunin, nuclea, como es sabido, la novela de Dostoievski «Los Demonios» (o «Los Poseídos»); Verjovenski asesina a Shatov, implicando en el crimen a los otros miembros del «círculo» no tanto por un real peligro de delación cuanto para cohesionar el grupo en base a la sangre derramada. Así se lo reprocha con repugnancia Stavroguin, a quien Verjovenski admira hasta el punto de ver en él al zarévich «oculto» que se revelará tras la revolución, pero que sin embargo, y a pesar de su ateísmo y de que sólo es capaz de sentir que vive en el escándalo y la transgresión, retrocede ante las consecuencias últimas de su postura: la fidelidad inquebrantable a «la causa», el fanatismo de «la idea», es lo que hace de Verjovenski un asesino con buena conciencia, es decir, sin conciencia; la inconsciencia, la sinrazón, el absurdo, apartan del crimen a Stavroguin para instalar en su lugar una angustia que le llevará al suicidio. Iván retrocede ante Smerdiakov, monstruosa encarnación de su ideal; mas ni rechaza su responsabilidad ni renuncia a pensar su condición: el precio de tal atrevimiento es la locura. Como quizá no pueda por menos de serlo para todo aquél que muerda la manzana que torturó a Dostoievski y le dictó sus más intranquilizadoras páginas: *Dios ha muerto... NO todo está permitido*. En esta contradicción lógica

se cifra nuestra desventura y la angustia de nuestra razón, pero también quizá el último rescoldo de nuestra humanidad.

El Gran Inquisidor

Mas no es el terrorismo nihilista la más terrorífica imagen dostoievskiana de Satán, sino esa lúcida pesadilla que dictó a Iván Karamázov el poema del Gran Inquisidor, que por su inapreciable valor educativo debiera ser constantemente leído en las escuelas y Parlamentos.

El argumento es conocido: Cristo descendi nuevamente a la Tierra en Sevilla, durante los tiempos más terribles de la Inquisición, y no tarda en ser detenido. En su celda, recibe la visita del Gran Inquisidor, que le reconoce y porque le reconoce le anuncia que será quemado en la hoguera como «el peor de los herejes»; por haber venido a estorbar: «Todo fue transmitido por ti al Papa, así que ahora todo está en poder del Papa, y harías mejor en no venir en absoluto, no nos molestes... ¿No repetías entonces: 'Quiero haceros libres'?... Pues bien, ahora y precisamente ahora estas gentes están convencidas más que nunca de que son completamente libres, cuando ellas mismas nos han traído su libertad y la han puesto sumisamente a nuestros pies.» El engaño es sublime: en el nombre de Cristo, se realiza el programa de su enemigo y tentador. La libertad se inmola gustosa en el altar de la necesidad: de la necesidad material («¿qué libertad es esa si la obediencia se compra con pan?»), de la necesidad «de la comunidad de la adoración» («incluso cuando desaparecían los

dioses: es lo mismo, caerán ante los ídolos... sólo domina la libertad de los hombres quien tranquiliza sus conciencias»), de la necesidad de autoridad: el milagro, el misterio y la autoridad cimentan el edificio del Poder. Pues el Gran Inquisidor confiesa: «Hace mucho que no estamos contigo sino con él... tomamos de él lo que tú rechazaras indignado, el último don que te ofrecía al mostrarte todos los reinos de la tierra: tomamos de él Roma y la espada del César y nos declaramos simples reyes de la tierra, reyes únicos, aunque hasta ahora no hayamos podido llevar nuestra empresa hasta su completo término... Al aceptar este tercer consejo del poderoso espíritu, tú habrías realizado todo cuanto el hombre busca en la tierra: ante quien inclinarse, a quien entregar la conciencia y el modo de unirse finalmente todos en un indudable hormiguero común y concorde, porque la necesidad de la unión universal es el tercero y último tormento de los hombres».

Por si alguien pudiera ciegamente pensar que esto se aplica sólo a la Iglesia, creyendo ingenuamente que el Estado moderno escapa a tan demoníaco proyecto «liberador», el Gran Inquisidor declara cínicamente su despreocupación por las «rebeldías de chiquillos» que agitarán al mundo: «La libertad, el espíritu libre y la ciencia los llevarán a tales laberintos y los pondrán frente a tales prodigios y misterios insolubles, que unos, indóciles y furiosos, se aniquilarán a sí mismos; otros, indóciles pero débiles, se exterminarán unos a otros, y los terceros, los que queden, débiles y desgraciados, se arrastrarán a nuestros pies y clamarán: «Si, tenéis razón, vosotros solos poseáis su secreto

DE «HISTORIA Y UTOPIA

cente, el cuadro se ensombrece un poco; se ensombrecerá por completo en «El sueño de un hombre ridículo». La edad de oro y sus clichés se presentan allí con más minuciosidad y fogosidad que en los dos sueños anteriores: una visión de Claude Lorrain comentada por un Hesiodo sármata. Estamos sobre la tierra «antes de que fuera manchada por el pecado original». Los hombres vivían allí «en una especie de fervor amoroso, universal y recíproco; tenían hijos, pero sin conocer los horrores de la voluptuosidad y del alumbramiento; vagaban a través de los bosques cantando himnos, y, sumergidos en un éxtasis perpetuo, ignoraban los celos, la

colera, las enfermedades, etc. Todo eso es todavía convencional. Afortunadamente para nosotros, su felicidad, que parecía eterna, se revelaría precaria: el «hombre ridículo» se instaló entre ellos y los pervirtió a todos. Con la aparición del mal, los clichés desaparecen, el cuadro se anima. «Cual una enfermedad infecciosa, un átomo de peste capaz de contaminar todo un imperio, así yo contaminé con mi presencia una tierra de delicias hasta mi inocente. Los hombres aprendieron a mentir y se deleitaron en la mentira y conocieron la belleza de la mentira. Quizá todo eso comenzó muy inocentemente, por simple broma, por coquetería, como una especie de juego agradable, y quizás efectivamente por medio de algún átomo, pero este átomo de mentira se insinuó en su corazón y les pareció amable. Poco después nació la

voluptuosidad; la voluptuosidad engendró los celos, los celos la crueldad... Ah, no sé, no me acuerdo ya, pero enseguida, muy deprisa, la sangre brotó en una primera salpicadura: los hombres quedaron asombrados, asustados, comenzaron a alejarse unos de otros, a separarse. Se formaron alianzas, pero ahora dirigidas contra los demás. Los reproches y las maldiciones se hicieron oír. Conocieron lo que es la vergüenza, y de la vergüenza hicieron una virtud. El sentimiento del honor nació entre ellos y por encima de cada alianza ondeó su estandarte. Se pusieron a maltratar a los animales, y los animales, alejándose de ellos para ganar el fondo de los bosques, se les mostraron hostiles. Una era de luchas se abrió a favor del particularismo, del individualismo, de la personalidad, de la distinción entre lo mío y lo tuyo.

y a vosotros volvemos; salvadnos de nosotros mismos». Donde no hay un Vichinsky y un Wojtila prestos a recibir este postrer homenaje, los propios políticos se prestan a jugar este clerical papel: «¡Entonces apreciarán en mucho lo que significa someterse de una vez para siempre!... Sí, les obligaremos a trabajar, pero en las horas de asueto organizaremos su vida como un juego de niños, con canciones infantiles, coros y danzas inocentes... Les diremos que todo pecado se les perdonará si es cometido con autorización nuestra.» Esta felicidad de la mayoría conlleva el sacrificio de la minoría de gobernantes, pues sólo ellos soportarán la dura carga del secreto del universal engaño: su extrema benevolencia llegará hasta el punto que Raskolnikoff fue incapaz de alcanzar: sobre sus fornidas espaldas cargarán los potenciales crímenes de la humanidad, cuidándose de administrar en beneficio del pueblo el inevitable caudal de asesinatos. ¡Mártires incomprensidos!

Las proféticas palabras del Gran Inquisidor resuenan como un eco en el programa socialista de Shigaliou: «Partiendo de una libertad ilimitada, llego a propugnar el despotismo ilimitado... No propugno una baja, sino un paraíso, el paraíso terrenal, que es el único factible en la tierra». En él, «Una décima parte de los seres humanos disfrutaría de libertad individual y de un derecho limitado sobre las nueve partes restantes. Estas nueve partes perderían su personalidad, convirtiéndose en una especie de rebaño y, mediante la sumisión ilimitada, alcanzarían, tras una serie de transformaciones de su inicial candidez, algo como un paraíso primitivo, aunque, por lo demás, habrían de

trabajar». Se cierra el círculo del Mal: los *Posesos* sólo aspiran a perfeccionar el sueño del *Gran Inquisidor*.

Moscú y Roma

«¡Eso es Roma!», exclama excitado Aliosha cuando Iván termina de narrarle su inquisitorial pesadilla. El padre País se ha encargado al comienzo de la novela de recordarnos lo diferente que es Moscú, el cristianismo ortodoxo ruso: «no es la Iglesia la que se convierte en Estado, comprendalo. Eso es Roma y sus sueños... Sucede al contrario, el Estado se convierte en Iglesia, asciende a Iglesia y se transforma en Iglesia sobre toda la

tierra, lo cual es algo diametralmente opuesto al ultramontanismo, a Roma... esa es la gran misión de la ortodoxia en la tierra. Esa estrella resplandece por el lado de Oriente».

Dicho en otros términos: se trata de que la *societas* se convierta en *communitas*, que el Estado basado en la Ley ceda su sitio a la comunidad basada en el amor, que la *fraternidad* sustituya a una *igualdad* que sólo lo es de esclavitud. Pues nada más falacioso que la moderna unión de estos dos ideales contradictorios: donde el primero pide particularidad, el segundo aspira a la universalidad, si al primero lo mueve el amor el segundo esconde un egoísmo impersonal. La fraterni-

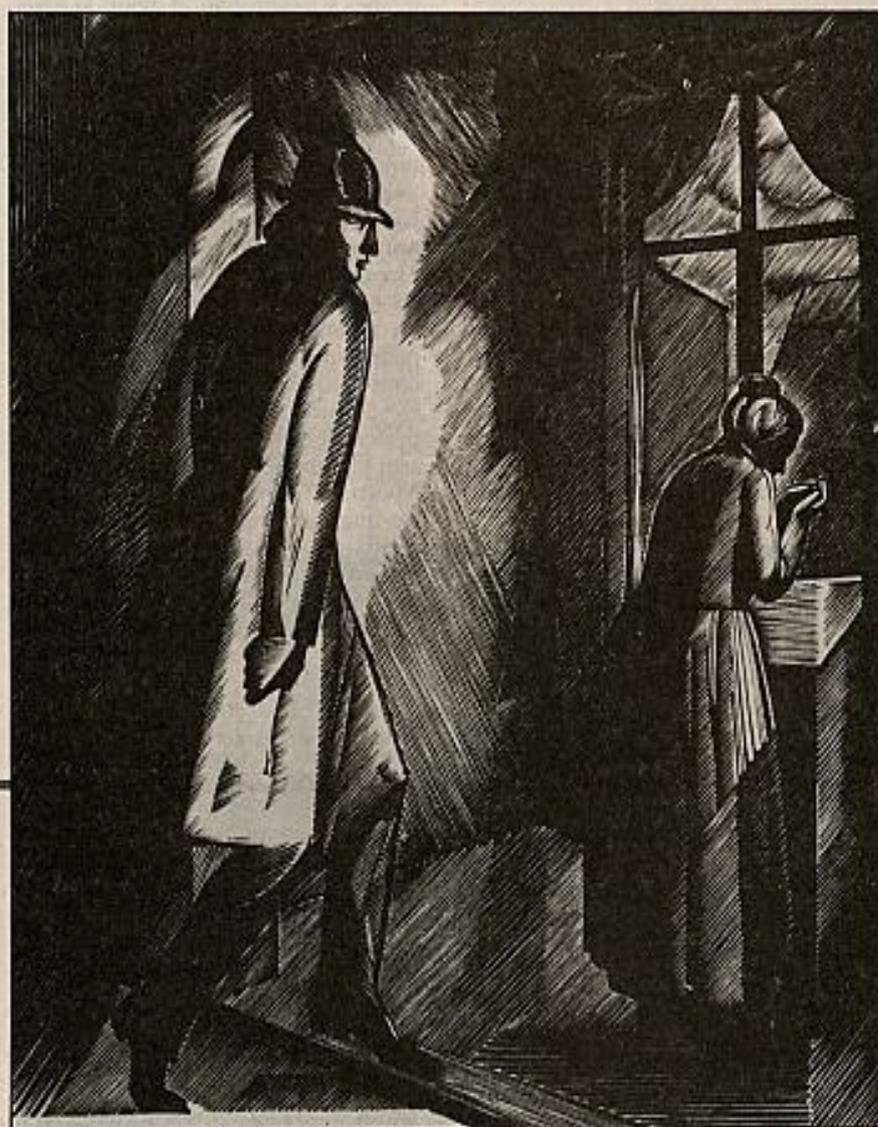


Ilustración de «Crimen y castigo».

Hubo diversidad de lenguas. Conocieron la tristeza y amaron la tristeza; aspiraron al sufrimiento y afirmaron que la verdad no se adquiere más que por el sufrimiento. Y la ciencia hizo su aparición entre ellos. Vueltos malvados, es entonces cuando empezaron a hablar de fraternidad y de humanidad y cuando concibieron estas ideas. Vueltos criminales, es entonces cuando inventaron la justicia y se impusieron códigos completos para conservarla; después, con el fin de asegurar el respeto de los códigos, instituyeron la guillotina. No conservaron más que un vago recuerdo de lo que habían perdido, e incluso no querían creer que antes habían sido inocentes y dichosos. No dejaron de burlarse de la posibilidad de su antigua felicidad a la que consideraban un sueño.» (ver *Diario de un escritor*).

Pero hay algo peor: descubrirían que la conciencia de la vida es superior a la vida y el conocimiento de las «leyes de la felicidad» superior a la felicidad. Desde entonces, estaban perdidos; desuniéndoles de ellos mismos por la obra demoníaca de la

ciencia, y precipitándoles desde el presente eterno en la historia, ¿no reeditó el «hombre ridículo» con respecto a ellos los errores y las locuras de Prometeo?

Una vez perpetrado su crimen, he aquí que predica, a instigación del remordi-



DOSTOIEVSKI

dad de los Karamázov que anunció la regeneración de Dmitri contrasta con la igualitaria justicia que le condena.

Tal es el más hondo y atractivo sentido del mesianismo de Dostoevski, la más halagüeña faz del cristianismo ruso, a cuya luz se aclara la promesa encerrada en el trágico destino de sus suicidas y criminales. No tiene nada de casual que esta contraposición entre Moscú y Roma surja a propósito de una discusión sobre los tribunales eclesiásticos y su relación con la justicia civil, durante la cual Iván defiende que «Si ahora hubiese solamente un tribunal eclesiástico que entendiera en todos los asuntos, la Iglesia no mandaría a presidio ni condenaría a muerte. El delito y su visión del mismo deberían cambiar entonces indudablemente... la Iglesia excomulgaria al delincuente y no se

dedicaría a cortar cabezas». Pero para que la excomunión, la exclusión de la comunidad, de la comunión de los santos, tenga algún sentido, se precisa la previa existencia de tal comunidad. Cuando no la hay y el Estado la sustituye, la justicia civil se limita a la «actual separación mecánica y casi pagana del miembro contagiado»: escapa a su posibilidad el imponer un auténtico castigo, pues el único castigo real, «el único que intimida y apacigua, reside en la comprensión de la propia conciencia»; por eso no está ni puede estar en su mano «la regeneración del hombre, su resurrección y su salvación». Lejos de los jueces, del Estado y sus instituciones, el poder de renovar el milagro de Lázaro sólo le es reconocido por Dostoevski a Sonia y a Grúshenka, a Aliosha y a Tíjon, a monjes y prostitutas, al amor, la amistad y la fraternidad, a la solidaridad en el sufrimiento y en la rebelión, a esos tenues vislumbres actuales de la soñada comunidad.

Esa comunidad con la que soñó también en 1934 nuestro eximio poeta Antonio Machado: «Moscú contra Roma' quería decir entonces muy otra cosa de lo que hoy significa. El ruso, genuinamente cristiano, creía en la fraternidad humana... Moscú era un alma; Roma, como siempre, un poder, que había tomado del Cristo lo imprescindible para defenderse de él. Hoy, Rusia abandona los Evangelios, profesa a Carlos Marx y habla de un arte proletario. Con ello retrocede del Nuevo al Viejo Testamento... Es posible que ignoremos todavía cuál es la honda y popular interpretación rusa del marxismo. Y lo probable, lo casi seguro, es que Rusia no sea tan infiel a sí misma que renuncie a su misión histórica, esencialmente cristianizadora.»

¡Sueños de fraternidad! Pero también hay hermanos como Caín. ■ J.A.

DE «HISTORIA Y UTOPIA»

miento, una cruzada para la reconquista del mundo de las delicias que acaba de destruir. Se compromete en ella, pero no lo cree verdaderamente. Ni —ésta es al menos nuestra impresión— el autor tampoco; después de haber rechazado las fórmulas del Porvenir, no se vuelve hacia su obsesión preferida, hacia la felicidad inmemorial, si no es para desenmarañar la inconsistencia y la fantasmagoría. Aterrorizado por sus descubrimientos, tratará de atenuar sus efectos, de reanimar sus ilusiones, de salvar, aunque no fuera más que en idea, su sueño más querido. Sabe como nosotros que no lo conseguirá, y apenas si desvirtuamos su pensamiento afirmando así que concluye

con la doble imposibilidad del paraíso.

Por lo demás, ¿no es revelador, que, para describir el paisaje idílico de las tres versiones del sueño, haya tenido que recurrir a Claude Lorrain, quien, como Nietzsche, amaba los insulsos encantamientos? (¡Qué abismo supone una predilección tan desconcertante!). Pero desde el instante en que se trata de describir la disgregación de la felicidad original, el decorado y los vértigos de la caída, no recurre ya a nadie, extrae de él mismo, aparta toda sugerencia extraña incluso deja de imaginar y de soñar: ve. Y vuelve a encontrarse al fin en su elemento, en el centro de la edad de hierro, por cuyo amor había combatido al «palacio de cristal» y sacrificado el Edén. ■ E. M. CIORAN. «Histoire et utopie». Ed. Gallimard. París, 1960. Traducción: Joaquín Fernández Bernaldo de Quirós.

Obras de Dostoevski en España

- EL ADOLESCENTE. Edit. Bruguera. 1974. Traducción: Julio Acerete Bueno.
- LA CASA DE LOS MUERTOS. Edit. Bruguera. 1975. Trad. Carlos de Arce.
- CORAZON DEBIL. Edit. Gaya Ciencia. 1979.
- CRIM I CASTIG. Edit. Ayma. 1977. Trad. Andreu Nin.
- CRIMEN Y CASTIGO: Edit. Suseta. 1974. Edit. Sopena. 1974. Edit. Edaf. 1978. Col. Edaf bolsillo. Edit. Cultura y Progreso. 1977. Edit. Bruguera. 1978. Trad. Julián Alemany Zaragoza. Edit. Juventud. 1978. Trad. José Fernández. Edit. Círculo de Lectores. 1977. Trad. Pedro Lain Entralgo. Edit. Alonso. 1975. Trad. J. Alarcón Benito. Edit. Petronio. 1974.
- LOS ENDEMONIADOS. Edit. Bruguera. 1975. Trad. Carlos de Arce Robledo. Edit. Edaf. 1974. Col. Edaf bolsillo.
- EL ETERNO MARIDO Edit. Vosgos. 1976. Edit. Cedro. 1976. Trad. Javier Costa Clavell.
- FEDOR DOSTOIEVSKI. (Clásicos Carrogio. Tomo 10). Edit. Carrogio. 1975. Trad. Rafael Cansinos Assens.
- LOS HERMANOS KARAMAZOV Edit. Sopena. 1977. Edit. Vosgos. 1978. Edit. Pérez del Hoyo. 1975. Edit. Bruguera. 1974. Trad. F. Bruguera. Edit. J. Moretón. 1977. Trad. J. Zambrano Barragán. Edit. Bruguera. 1978. Trad. Julio Acerete Bueno. Edit. Círculo de Amigos de la Historia. 1974.
- HUMILLADOS Y OFENDIDOS Edit. Espasa y Calpe. 1977. Trad. V. Andresco. Edit. Bruguera. 1975. Trad. Fernando Corripio Pérez.
- EL IDIOTA Edit. Círculo de Lectores. 1977. Trad. Pedro Lain Entralgo. Edit. Juventud. 1977. Trad. Gloria Martinego. Edit. Mundo Actual. 1976. Trad. G. Martinego. Edit. Bruguera. 1975. Trad. Carlos de Arce Robledo.
- EL JUGADOR Edit. Vosgos. 1973. Edit. Bruguera. 1976. Edit. Espasa y Calpe. 1977. Trad. Rafael Cansinos Assens. Col. Austral. Edit. Juventud. 1977. Col. Novelas modernas. Edit. Destino. 1977. Trad. Angel Tomás.
- MEMORIAS DE LA CASA MUERTA Edit. Júcar. 1974. Trad. R. Cansinos Assens.
- MEMORIAS DEL SUBSUELO Edit. Barral. 1978. Trad. R. Cansinos Assens. Edit. Júcar. 1973. Trad. R. Cansinos Assens.
- MEMORIAS DEL SUBTERRANEO. Edit. Mundilibro. 1977. Trad. Miguel Jiménez.
- NOCHES BLANCAS. Edit. Magisterio Español. 1978. Trad. Tatiana Pérez.
- OBRAS COMPLETAS. Edit. Aguilar. 1975. Trad. Rafael Cansinos Assens. Col. Obras Eternas.
- OBRAS DE FEDOR MIHAILOVICH DOSTOIEVSKI. Edit. Vergara. 1965. Trad. Augusto Vidal.
- OBRAS DE DOSTOIEVSKI. Edit. Edaf. 1977. Col. Obras inmortales.
- OBRAS SELECTAS DE DOSTOIEVSKI. Edit. Nauta. 1975. Trad. J. Z. Barragán.
- OBRAS SELECTAS DE DOSTOIEVSKI. Edit. Petronio. 1974. Col. Gigante.
- RELATOS. Edit. Bruguera. 1977. (Tres Tomos).
- TRES NOVELAS CORTAS. Edit. Laia. 1976. Trad. Juan López Morillas.